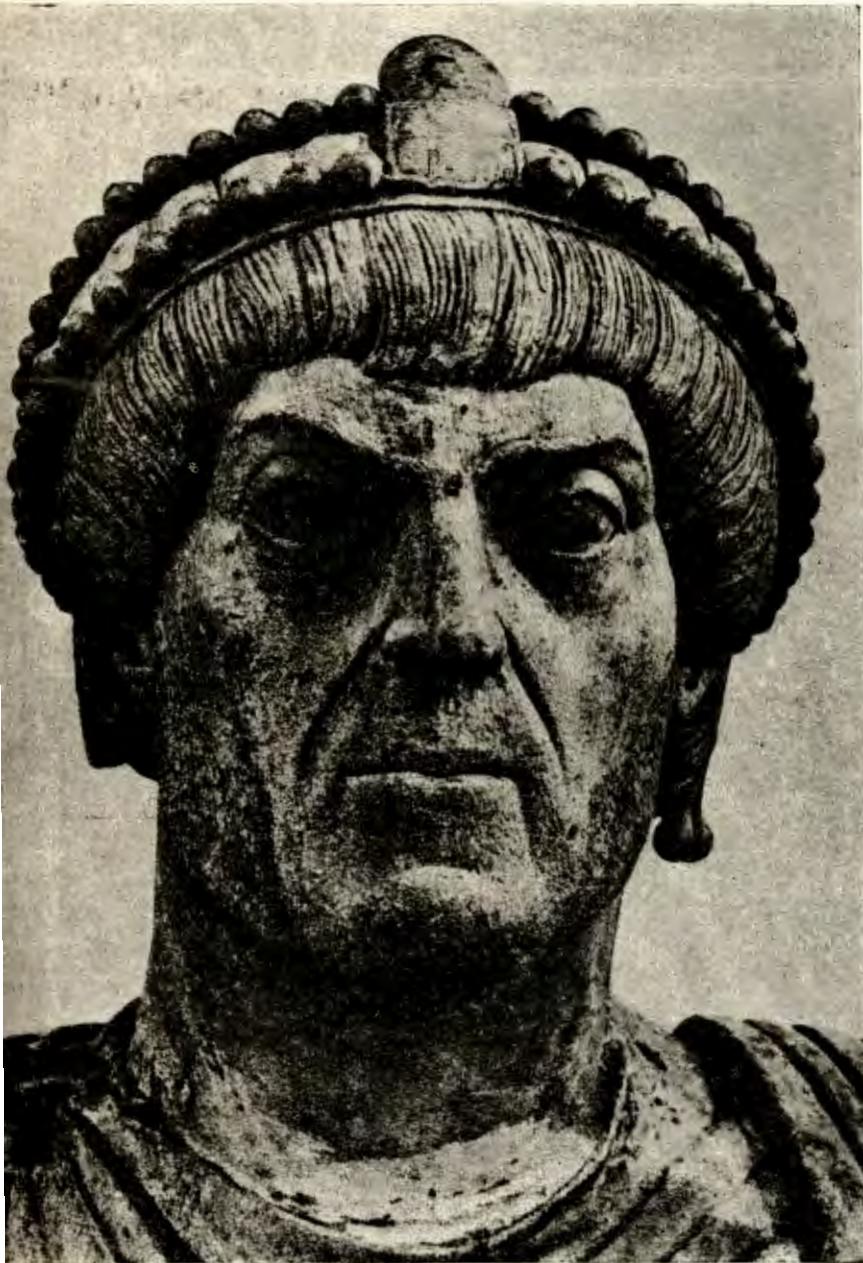


## ROSTROS DE

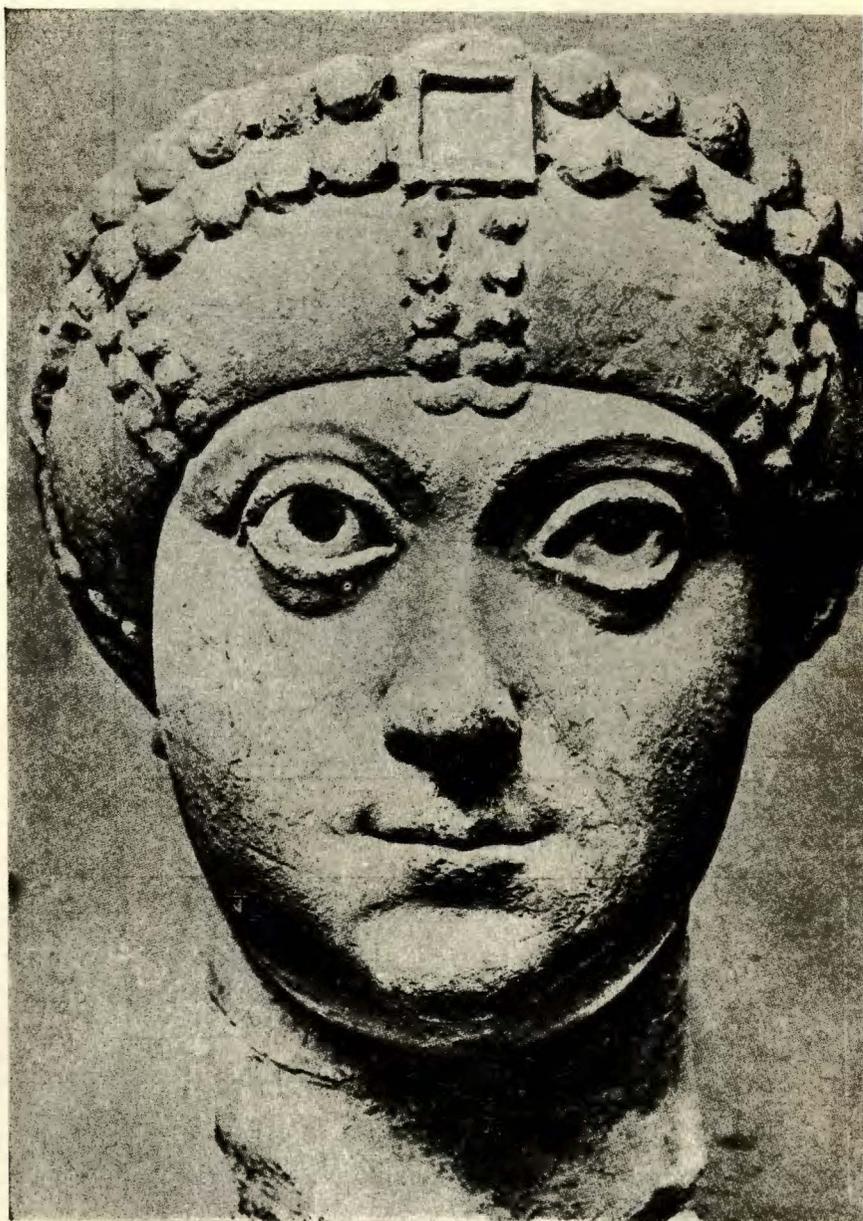


abeza de la estatua colosal  
Valentiniano I, en Barletta

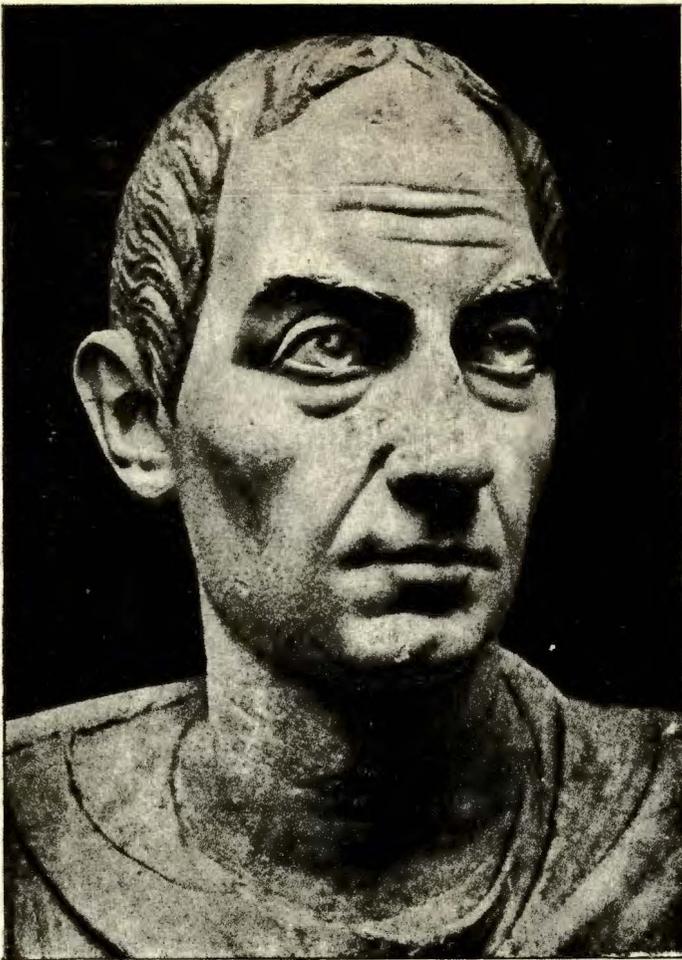
Fué Jacobo Burckhardt—uno de los grandes espíritus videntes del siglo XIX—quien en dos obras definitivas, pues el tiempo les limpia los detalles pero no destruye la profundidad de la construcción; fué Burckhardt, quien trazó la trayectoria del alma antigua pagana desde su nacimiento en Grecia hasta su invierno sombrío del siglo IV después de Cristo. Actuales y profundas, ya que más de un síntoma y una profecía nos anuncia que estamos viviendo en una segunda e invernal época constantiniana, son las dos obras de Burckhardt, «Historia de la Cultura Griega» y «Constantino el Grande». El esnobismo y el cosmopolitismo cultural de nuestra época se ha olvidado un poco de estas dos obras que no están traducidas a lengua española. Sin embargo, de Burckhardt a Spengler, pasando por Nietzsche, hay una línea de continuidad, de apasionante analogía y planteamiento de los problemas históricos que no puede ignorar ningún intérprete de la cultura. Muchas páginas de Burckhardt se entienden mejor hoy que en ese distante 1850 o 1860 en que fueron escritas. A través de Nietzsche y de Spengler algunas ideas de Burckhardt se han hecho vivencias, hilos conductores en la comprensión del pasado. La conclusión que Spengler dedujo para nuestro agitado Occidente en su gran obra profética, ya la había planteado Burckhardt al describir en aquellas dos obras magistrales el ciclo de nacimiento y muerte de la cultura antigua. En la «Historia de la Cultura Griega», él toma la humanidad en su primavera cuando después de vencer el espanto primitivo, el

# LA DECADENCIA

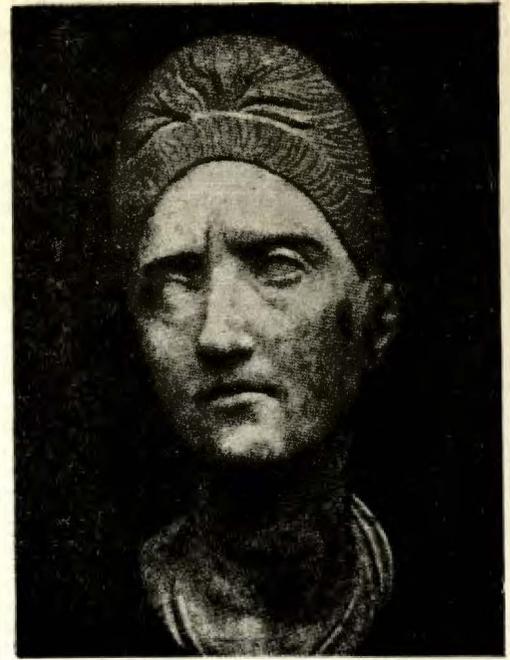
pueblo helénico adquiere conciencia de su fuerza y expresa al mundo con claridad y dominio; reemplaza el medroso y obscuro «Caos» de toda prehistoria, por el ordenado «Cosmos» que ilumina la majestad de Zeus. Sublima los instintos destructores de la especie hasta convertirlos en valores sociales. Nadie ha analizado mejor que Burckhardt como los griegos por medio de una tensión vigilante han transformado el odio en rivalidad, y el pesimismo destructor de la vida en gozosa afirmación de la existencia. Hay que rastrear en Píndaro, en Esquilo, en esos grandes poetas que conservan los sueños, los fantasmas y los gritos de las especies desaparecidas, eso que fué antes del período clásico el alma griega. «La vida es el sueño de una sombra; el tiempo falaz está suspendido sobre los hombres y arrastra con él las olas de la vida», cantaba Píndaro. Y los viejos de «Edipo en Colona» vociferan y lloran porque la «vida es homicidio; sangre vertida, celos y odio», porque después de la juventud sólo nos espera «cargada de deshonra y solitaria una vejez de enfermedad, disolución y muerte». Y del tremendo destino que nos roe no puede salvarnos ni el propio Zeus, porque él también está amenazado por un oráculo que predice su fin. Morirán los hombres y los dioses, es la espantosa moraleja que fluye del desesperado coro trágico de Esquilo. Sin embargo, porque ha sentido el horror de vivir, el hombre clásico se afirma potentemente sobre el destino y la existencia, posee ese instinto de «individuación» de que ha hablado admirablemente Nietzsche. «Sólo es feliz cuando se siente distinto y superior». La vo-



Cabeza de la emperatriz Ariadne  
Roma, Palacio de los Conservadores



Cabeza de la estatua de un cónsul.  
Roma, Palacio de los Conservadores



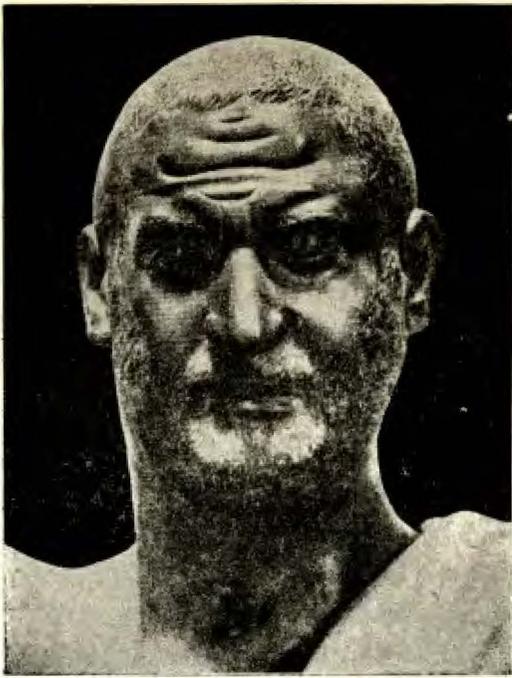
Plotina, mármol tamaño natural. Capitolio, Roma

luntad griega sabe trocar el odio en emulación, y el individuo aspira por ejemplo, a ser el mejor gimnasta o a conquistar la corona olímpica.

De este mundo individualizado, enérgico y consciente en su voluntad de vivir, pasamos en el otro libro de Burckhardt al clima invernal de la época constantiniana. El capítulo en que Burckhardt describe el estado mental de la sociedad del imperio romano hacia el siglo IV de nuestra era, pudiera titularse «La invasión de las sombras». Frente a las divinidades plásticamente sentidas y presentes del paganismo clásico aparecen ahora los genios inmateriales: «se acuerda menos realidad a la apariencia tangible que a las

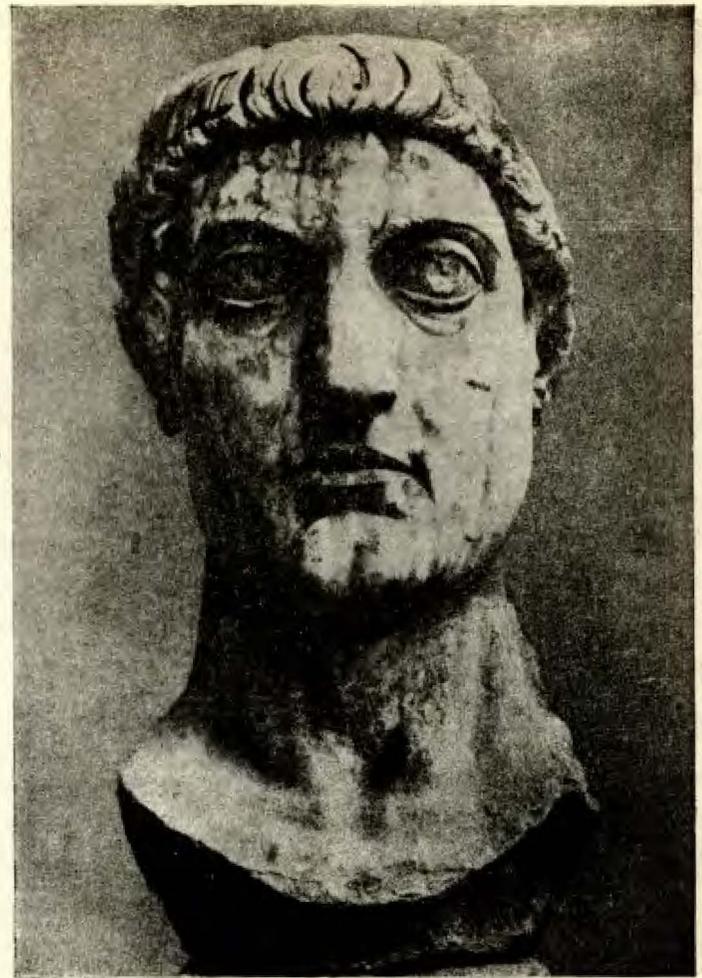
sombras que abriga». Se supone en el Universo que el griego clásico había expresado como «Cosmos» y como dominio, una magia omnipresente, una angustia supersticiosa. Las doctrinas esotéricas, la magia, el agnosticismo en que los hombres de una cultura petrificada buscan un opio a su desesperanza, los aleja ya del combate vital; los sumerge en un sueño de humo. ¿No se parecen un poco a estos yanquis de nuestro tiempo que inventan religiones? Una pesadez extática y alucinatoria gravita sobre las almas. Es ese estado de inquietud, de preocupación dolorosa o meditativa, que se observa en los retratos de la decadencia romana.

Estas esculturas no son sólo, cronológicamente, las últimas del paganismo antiguo: con ellas termina y se ha agotado una cultura. El Arte ya es incapaz de crear el «tipo superior». Ya no se alimenta en las raíces poéticas del mito, ni puede remontarse a lo supra-personal y genérico. Se recuerda por contraste ante estas imágenes de la Decadencia, lo que



Treboniano Gallo. Tamaño mayor que natural. Metropolitan Museum. Nueva York

Plinio había dicho de la escultura clásica griega: «sabe ennoblecer todavía más a los hombres nobles». Frente a la contención griega el retrato de la época imperial es la imagen de la pasión liberada. Se ha roto la armonía de forma y contenido, el equilibrio orgánico que era la esencia del arte clásico. Como si reinara otra vez el terror primitivo, el busto se aproxima a la máscara. Un angustioso expresionismo devora la forma. Es la desesperación de vivir o el imposible orgullo, lo que corre por las duras líneas angulosas de esta escultura. Lo que quiere ser fuerza es sólo brutalidad. El rasgo humano que el griego había sentido como goce y armonía orgánica, ahora, buscando la expresión, se lanza en un «pathos» bárbaro, se esquematiza hasta lo primitivo. «El cabello es sólo una caperuzza colocada sobre el cráneo, esculpida con algunos toques de cincel irregularmente repartidos; los ojos brotan de los hendidos párpados para quedarse absortos en la lejanía». Estas colosales cabezas en que el Arte pa-



Constantino el Grande. Altura con el cuello inclusive: 2.40 m. Palacio de los Conservadores. Roma

rece retornar a la frontalidad y a la magia primitiva, cierran el ciclo de la plástica antigua. Están en el otro polo angustioso de la serenidad clásica.

Nuestra época civilizadísima (y ya Goethe estableció el paralelo entre la barbarie y la suma civilización), halla en estas obras expresivas uno cómo sabor ácido e inquietante de «arte moderno». Nuestros nervios siempre nos piden «más», como a los hombres de la época constantiniana. Y a través de Jacobo Burckhardt reconoceríamos más de un rasgo que nos es específico y familiar, en aquel invierno de la cultura antigua.

Mariano Picón-Salas.